



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Año IV, nº 7, 29 de noviembre de 2009



EVANGELIO DE LA SEMANA

Lucas 21,25-28.34-36

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

- Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues los astros se tambalearán.

Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y majestad.

Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación.

Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra.

Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir y manteneos en pie ante el Hijo del hombre.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: Un ateo defiende la Religión.

CONFIRMANDO LA FE: El Adviento: "Dios viene".

TESTIMONIO

(Un Ateo defiende la Religión: Por qué a la Humanidad le ha ido mejor con la Religión que sin ella) (Alpha Books), Bruce Sheiman ofrece una nueva perspectiva al enfrentamiento entre creyentes y ateos. ("An Atheist Defends Religion: Why Humanity is Better Off with Religion Than Without It").

La "cuestión de Dios" puede no resolverse satisfactoriamente para ambas partes, reconoce, pero lo que Sheiman precisa que hay que hacer es considerar el valor de la religión en sí misma.

En cuanto a sus opiniones personales, Sheiman explica que él no es una persona de fe. Se describe a sí mismo como un "aspirante a teísta" porque "la religión proporciona una combinación de beneficios psicológicos, emocionales, morales comunes, existenciales e incluso de salud que ninguna otra institución puede reproducir".

La mejor manera de dejar a un lado de modo convincente el ateísmo, explica en la introducción a su libro, no es mediante argumentos que intenten probar la existencia de Dios, sino demostrando la aportación duradera de la religión.

"Las fechorías de la religión pueden dar para una provocativa historia, pero las buenas obras diarias de miles de millones de personas son la verdadera historia de la religión, que ha ido a la par del crecimiento y prosperidad de la humanidad", afirma Sheiman.

Uno de los modos en que nos beneficia la religión es dando significado a nuestras vidas, observa Sheiman. Somos conscientes de vivir en un mundo de gran poder y potencialidad, pero en contraste con los animales que sólo viven en una relación utilitaria con el mundo, los



humanos son conscientes de que este mundo **existe aparte de ellos mismos**.

Sheiman cuenta algunos ejemplos de cómo las sociedades primitivas buscaban dar sentido a sus vidas en medio de un mundo más extenso por medio de la religión. Sus mitos y rituales ayudaban a aquellos pueblos a conectar las realidades mortales **con lo eterno y espiritual**. En el mundo moderno la ciencia ha reemplazado en muchos casos a la religión en términos de explicación del mundo y del universo, pero Sheiman apunta que, aunque podamos aceptar lo que la ciencia dice sobre cómo funciona el universo, esto no nos explica **lo que significa para nuestras vidas**.

En otras palabras, cómo funciona el mundo no es lo mismo que por qué funciona el mundo. En nuestro impulso por descubrir lo que Sheiman denomina verdad en minúscula: – hechos y conocimiento – hemos sacrificado la verdad con mayúscula: – significado y propósito –.

CONFIRMANDO LA FE

El Adviento: “DIOS VIENE”

“Anunciad a todos los pueblos y decidles: Mirad, Dios viene, nuestro Salvador”. En Adviento, al inicio de un nuevo ciclo anual, la liturgia invita a la Iglesia a renovar su anuncio a todos los pueblos y lo resume en dos palabras: “Dios viene”. No se trata de un pasado ni de un futuro; es un presente, un presente continuo, una acción que se realiza siempre: está ocurriendo, ocurre ahora y ocurrirá siempre en el futuro. En todo momento. “Dios viene”.

Decir que Dios viene es lo mismo que anunciar a Dios mismo porque Él es el Dios-que-viene. Por eso el Adviento es un llamamiento saludable que se repetirá con el paso de los días, de las semanas, de los meses: despierta; recuerda que Dios viene. No ayer, no mañana, sino hoy, ahora,

siempre. Porque no es un Dios que está en el cielo, ajeno a nosotros y a nuestra historia, sino que es el Dios-que-viene.

Nuestro Salvador, un Padre que nunca deja de pensar en nosotros y, respetando totalmente nuestra libertad, desea encontrarse con nosotros y visitarnos; quiere venir, vivir en medio de nosotros, permanecer en nosotros. Viene porque desea liberarnos del mal y de la muerte, de todo lo que impide nuestra verdadera felicidad, “Dios viene a salvarnos”.

La venida de Dios –continua y, por decirlo así, connatural con su mismo ser– se concentra en las dos principales venidas de Cristo, la de su encarnación y la de su vuelta gloriosa al final de los tiempos. El adviento – Dios viene– se mueve entre estos dos polos. En los primeros días se subraya la espera de la última venida del Señor. En cambio, al acercarse la Navidad, prevalecerá la memoria del acontecimiento de Belén, para reconocer en él la plenitud del tiempo.

San Bernardo dice que, entre estas dos venidas, *“manifiestas”*, hay una tercera *“intermedia”* y *“oculta”*, que se realiza en el alma de los creyentes, una especie de puente entre la primera y la última. *“En la primera –escribe San Bernardo–, Cristo fue nuestra redención; en la última se manifestará como nuestra vida; en ésta es nuestro descanso y nuestro consuelo”*.

Entre tanto, de una forma que sólo Él conoce, la comunidad cristiana puede apresurar la venida final, ayudando a la humanidad a salir al encuentro del Señor que viene; con la oración, pero, sobre todo, con obras buenas, esenciales e inseparables de la oración, como recuerda la oración de este primer domingo de Adviento, con la que pedimos al Padre celestial que suscite en nosotros *“el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene, Dios-que-viene, acompañados por las buenas obras”*.

(Los textos que anteceden han sido extraídos literalmente de la homilía que su Santidad el Papa Benedicto XVI pronunció en la celebración de las Vísperas del I Domingo de Adviento, el sábado 2 de Diciembre de 2006).

